

Presentación de CIRCUNSTANCIAS PERSONALES de Alberto Infante.

Librería Hojablanca, Toledo, 17 de junio de 2009

Por Luis Alfredo Béjar Sacristán

Suele decirse que un escritor no es más que un lector que escribe, y en el caso de este libro, enseguida se advierten las innumerables huellas que los más grandes de la narrativa breve han dejado entre sus páginas. Así, no es difícil notar el eco de Clarín, Chejov, Onetti, Manuel Puig, Cortázar o Ignacio Aldecoa. Esta circunstancia, que a primera vista puede albergar connotaciones negativas, no es, por el contrario, sino la prueba de que el estilo de A. Infante se ha macerado a través del tiempo al abrigo de los mejores. Quiero decir que, desconociendo aún sus obras anteriores, al menos en estos quince cuentos a mí me resulta bastante difícil hallar errores de concepción, de estructuración o de simple escritura. Más bien al contrario, nos hallamos ante un organizador de relatos con un grado de originalidad que no pocas veces sorprende y desde luego en todos los casos cautiva. Y digo que sorprende porque en no pocas ocasiones el discurso narrativo es sometido a piruetas estructurales que, lejos de embarullarlo, lo enriquecen, convirtiéndolo en un muestrario de sensaciones mucho más amplio. Es lo que más me ha llamado la atención y ocasión habrá más adelante de hacer algún comentario más al respecto.

Lo anterior, con ser importante, en todo momento se nos aparece sometido, como todos los otros factores, a su muy particular visión de la realidad, como es de rigor, por otra parte, en cualquier escritor con personalidad propia. Una realidad, la sociedad española, contradictoria y paradójica, arriesgada y grasienta, pocas veces moralmente clara y edificante.

Ya en el epílogo, el propio autor nos pone sobre la pista de Valle Inclán como base de esa concepción de la España del siglo XX. No obstante, siendo cierto que no pocas veces la realidad es deformada por la luz del esperpento, Alberto me permitirá discrepar en cuanto a comprender toda la realidad de su libro en esos límites concretos.

La realidad de *Circunstancias personales* (magnífico título, por cierto, por lo que tiene de expresión de un compromiso personal muy evidente), recorriendo década a década la propia realidad de esa España en concreto, es mucho más amplia, clarificadora y rica en temas y matices de lo que podría ofrecernos el esperpento. No se puede obviar aquí la gran variedad constructiva, verbal y de puntos de vista y de tonos con que surgen uno tras otro estos espléndidos relatos.

Y hablando de relatos, tal vez sea oportuno entrar en alguna que otra precisión acerca del género. En este aspecto, es notorio el mérito que se advierte enseguida en el libro al circular del cuento popular al literario con una habilidad que dice mucho del autor por cuanto que no es ni mucho menos fácil –en el relato breve menos que en otros géneros- la alternancia de personas o formas verbales. No hablo, como se puede suponer, sólo de mero

manejo de las fórmulas sintácticas, sino de la simbiosis con éstas del tono y el tema de cada uno de los relatos. Así, entre *El paquete*, primera de las narraciones, y *Fobias*, la última, el autor nos sitúa ante una panoplia que comprende desde la estampa hasta el relato heroico o más o menos lírico, desde el cuento de suspense hasta el relato costumbrista. Sin olvidar esa fantasía que, como en toda la literatura de Julio Cortázar, se incardina en la realidad cotidiana hasta desarrollarse confundida con ella. Es el caso de *El ascensor*, donde Alberto hace un homenaje explícito al gran escritor argentino recordando *No se culpe a nadie*, el cuento de un hombre en lucha con un jersey que fatalmente habrá de derrotarle.

Pero si algo queda claro a lo largo de estos quince cuentos, desde luego no son las cuestiones puramente poéticas o estructurales, sino la intensidad con que el autor lanza su mirada sobre el proceloso panorama de la vida española del último siglo. Es así como descubrimos en Alberto Infante un humanista, a veces mordaz y a veces compasivo, al que por encima de todo interesa la pasta de la que se fabrican las torpezas, ilusiones, tragedias, proyectos, sueños y desgracias de sus personajes.

Porque es verdad, y a mí no me cabe ninguna duda, que en la mayoría de estos relatos los personajes son siempre superiores a las peripecias que protagonizan. Es decir, más importante que el chiste es siempre el ser humano, alcanzando en algunos casos la categoría de verdaderos símbolos, caso del primo Alberto y el tío Eustaquio, sin ir más lejos, figura y contrafigura de *El paquete*.

En este sentido, puede decirse que el catálogo que se despliega ante nosotros a lo largo de las quince historias abarca una buena parte de esa España que, hasta 1975 vive una tragedia grotesca y desde ese año se empeña en una carrera enloquecida por salir de la sangrienta farsa y acercarse al tiempo del mundo civilizado, con todo lo que eso puede conllevar de auto-engaño y contradicción.

Siguiendo la otra gran pista que el autor nos proporciona en el epílogo cuando se refiere a su intención de radiografiar esa España y su época, comprobamos, en efecto, que hasta la muerte de Franco una especie de fatum sombrío y opresor se abate sobre los habitantes que a duras penas sobreviven a la tremenda realidad española. Y, sin embargo, es ésta la parte en que precisamente se prodiga con más frecuencia el tono satírico del autor. Es perfectamente comprensible, dadas las enormes posibilidades de ridiculización que la misma ofrecía, y es aquí desde luego donde se deja identificar la presencia del genial don Ramón. El hambre y la miseria, el vacío gris repleto de supuestos valores patrios junto al peso insoportable del pasado reciente, la falta de horizonte frente a la hipocresía de unas creencias huera, son buena muestra del estado a que la crueldad inagotable e inmisericorde de un tirano cristianísimo había condenado a los pobladores del ruedo ibérico.

A partir de la muerte de Franco, todo cambia. El tono es distinto y las historias se desarrollan lógicamente en consonancia con los rapidísimos cambios que la sociedad española va experimentando año tras año, casi de

día en día. Notable también el cambio que la escritura sufre para ponerse al compás de las propias historias y sus personajes. Magnífico el contraste entre estos relatos y los de la primera parte, así como resulta perfecta la progresiva evolución de los mismos hasta culminar en el individualismo más extremo de los últimos, tal vez como expresión exacta de la España en la que nos encontramos. En cualquier caso, resulta ejemplar cómo se refleja la diferencia entre aquella España “virtuosa” y medieval del franquismo y esta otra que a trancas y barrancas se propone alcanzar el carro de la historia.

Para terminar, me gustaría referirme a aquel aspecto mencionado con anterioridad y que, por insólito, me ha parecido lo más característico y llamativo de este estupendo conjunto de relatos.

Si tenemos en cuenta su propia naturaleza, la brevedad y la ineludible concentración consiguiente del núcleo argumental, hemos de convenir en que el cuento es una pieza literaria cerrada y herméticamente unitaria en la que es harto difícil, por no decir preceptivamente imposible, contemplar la incursión de elementos laterales. El cuento, para mí más próximo a la poesía que a la narrativa precisamente por esta razón –de ahí su enorme complejidad-, ha de representar por definición la esencia escueta de un suceso, una idea, un momento... En una palabra, el cuento equivale a un chispazo que difícilmente admite cualquier cuerpo extraño, por más similar o emparentado que pueda parecer.

Pues bien, *Circunstancias personales* está abarrotado de estas heterodoxas apariciones que, lejos de distorsionar la estructura del relato ni su

significado, los enriquecen, convirtiéndolos en indiscutibles demostraciones de hasta qué punto está lejos la filología de ser una ciencia exacta. No es nada fácil, por ejemplo, articular un relato que trata del suicidio de un hombre con que el protagonista, de pronto, fallezca a causa de un infarto de miocardio una vez que ya tiene la cuerda al cuello. Y no digo nada si encima de todo esto, la parte final del cuento se emplea en la narración de una partida de mus entre las fuerzas vivas del lugar que discuten si el muerto puede o no puede ser enterrado en sagrado, dadas las circunstancias. O que, rememorando los días de la agonía y muerte de Franco, el relato se remate haciendo memoria de la muerte de Haile Selassie hasta el punto de que el relato se titule *El año que murió Haile Selassie*, dando entrada, por cierto, al título como pieza fundamental del juego. Esto lo veremos en muchos de los cuentos.

Es también el caso de *El amante que sabía bailar*, en el que la sorpresa, al igual que en el anterior, hace añicos todo el planteamiento inicial, sin que por ello el relato se resienta lo más mínimo. Igual que también nos encontramos ante el factor sorprendente sin solución en el magnífico *Por partida doble*, un cuento de fáciles evocaciones, pero que acaba por dejarnos prendidos de una realidad humana extraviada, tal y como hemos de imaginar la de tantos niños y niñas que a causa de la guerra civil quedaron acaso anclados en un recuerdo vago, cada vez más difuso, en una esperanza sin nombre, o sencillamente en la nada de un exilio sin final.

De igual modo, en *Una interpretación magistral*, el giro sorprendente nos deja pendientes de una fantasía que no es del autor ni de la protagonis-

ta, sino nuestra, únicamente nuestra, quiero decir, de los lectores. Algo así como si el autor pretendiera apresarnos en el laberinto de nuestra propia imaginación.

Un planteamiento similar al que nos encontramos en *Fobias*, la última de las narraciones, en la que, embebidos en el tema de las fobias de un grupo de amigos, inesperadamente derivamos hacia un recuerdo de infancia en el que una abuela y las anguilas constituyen un cuadro costumbrista perfectamente acabado.

Esta habilidad hace de Alberto Infante un consumado escritor de narraciones breves, pero sobre todo lo convierte en un constructor extraordinariamente audaz y en consecuencia original. Sólo así se le entiende como autor de un cuento que a mí me parece una pequeña obra maestra del género. Me refiero a *El tren de las nueve y veinticinco*, no diré que la historia más sencilla de todas, pero sí la que ofreciéndonos una peripecia argumental aparentemente menos llamativa, se alza como la más compleja, profunda y trascendente, ya que, entremezclando puntos de vista distintos (autor, lector, personaje principal, personajes secundarios, et.), es un cuento en el que no ocurre nada que no esté comprendido en un cuadro urbano perfectamente cotidiano y rutinario al mismo tiempo que ocurre de todo: el tiempo pasado y el presente, ambos cargados de significados, la frustración y el deseo, la vida y la muerte...

Por último, y ahora sí, resulta obligado hacer una referencia especial a *El Corpus*, el segundo de los cuentos, básico para entender determinados

aspectos de aquella farsa que fue la España de Franco. Pero sobre todo porque es un relato que a los toledanos nos pilla muy de cerca y que narra unos hechos que en gran medida todavía se transmiten de generación en generación. Dedicado a Pepe Conde, A. Infante recrea aquella corrida del Corpus en la que el alcalde, a la sazón padre de nuestro amigo, se vio obligado a tomar la situación por los cuernos (nunca mejor dicho) subiéndose al coche de los bomberos para desalojar del ruedo a un toro desechado. El insólito acontecimiento, que corrió de boca en boca para diversión de casi todo el mundo, llegó a la portada de París-Macht y ahí, qué queréis que os diga, se armó la de Dios...

Desde luego, no estaba el régimen de Franco para tamaños alardes de la prensa extranjera, acérrima enemiga entonces, como todo el mundo sabe, de la España eterna e inmortal.